

UN RECUERDO...

El niño ha llegado enfermo. Un año de encierro en el internado del gran colegio le ha probado mal, muy mal. Desde el día de su regreso, el pobre chico guarda cama. El médico ha dicho que quizás corre peligro. La casa está consternada, mamá llorosa y triste, los chicos perplejos, la servidumbre silenciosa. No se oye trinar mas que en puntillas por los corredores. Hai un olor acre a drogas y remedios.

—Ah! pobre Pepe! ¡Pobrecito Pepe!

El chico ha abierto los ojos, agrandados aun por la fiebre pertinaz. La mañana ha penetrado ya a la pequeña alcoba, a traves de las persianas florecadas de rojo. La alcoba está tibia, casi alegre. Allí, al lado del lecho, la mamá observa el retroceso de la crisis. ¡Al fin se ha ido el delirio!

Lilita, la pequeña, se encarama en las rodillas de mamá, desbordando entre sus canas besos sonoros, y gruesos tirabuzones de cabello rubio. Lilita tiene cinco años apenas, y ya es un diablillo con faldas. Sus hermanitos, Claudio y Agustín, no le hacen caso, y entretienen la pasividad de sus ocios ante las láminas de una coleccion de revistas europeas.

—Pepe, hijo mio...

El chico le sonrie.

—Mamá, dice.

Lilita salta al suelo y se acerca a los chicos que han seguido distraídos mirando sus "monos".

—¡Pepe ha despertado!

Ellos se vuelven.

—¡Pepe ha despertado!

La mamá se ha sentado en el borde del lecho y acaricia suavemente las manitas pálidas, blancas y frias del enfermito.

—¿Cómo te sientes?

—Bueno y sano...

Bien sano.

Y el pobrecito empuña las manos y hace esfuerzos por ensayar un ejercicio de brazos. Se fatiga mucho.

—Nó, no bien todavía... Pero luego, luego no mas.

Claudio y Agustín le ponen la coleccion de revistas ante los ojos, y le convidan a que mire con ellos tantas bonitas cosas. Luego, por largo rato, se entretienen todos conversando viva-

mente, aunque en voz baja, de todas aquellas nimiedades dulces e interesantes, de aquellas incidencias encantadoras que forman la historia de cada hogar: los contratiempos sufridos, el progreso en los estudios, las distinciones escolares, los trajes nuevos, las fiestas y los pascos, el cambio de servidumbre, el estado de la caballeriza...

—Mira, Pepe,—salta de repente Lilita, con un mimo coqueton—yo sé leer.

—¿Sabes leer? ¿De veras, preciosa?

—De veritas...

—A ver, tráete el silabario.

¡Penosa campaña aquella de buscar el gran libro! Se tiene que trajar todas las piezas, hurgar el costurero, revolver el cajon-escritorio de los niños, registrar el estante negro de papá, y hasta castigar al gato—al pobre Tití, ignorante de todo, por supuesto—para hallar al fin el famoso silabario, descuadernado y sucio, bajo la cama de la señorita Lila.

—Ven acá, pequeña. ¿Hasta dónde has llegado?

—Pues... hasta el perro Camelote.

—¿Entonces lees de corrido?

—Claro, pues.

Y la señorita Lila lee de corrido unas cuantas líneas, un párrafo completo. Deliciosa lectura de sononete, mas deliciosa aun con la media lengua y la tartamudez de sus cinco años!

El la besa hasta saciarse.—¡Preciosa! la dice muchas veces. Le parece divina la chiquilla, balbuceando, con los ojos fijos en los renglones y las mejillas encendidas por el orgullo de hacerlo bien o por el temor de equivocarse: "Si-la-zo-rra-pí-lla-mi-ga-lli-na-mi-pe-rro-Ca-me-lo-te..."

Despues, mirando hacia la ventana, tiene deseos de ver el cielo.

—Abrrala, mamá.

Ella no cree eso prudente, hasta no consultar al médico que deberá venir pronto.

—Te subiré las cortinas—le dice.

—Bueno... Miraré por los vidrios.

Siente luego deseos de estar solo. En puntillas salen todos de la

pieza, y el enfermito trata de dormir. No ha querido servirse nada, ni siquiera las obleas que recomendó el doctor.

—Nó... no más remedios. Quiero descansar.

Pero no duerme. Apenas queda solo, comienza a recorrer con la vista todo el interior de la pieza. ¡Ah! su querida pieccecita de hermano mayor está lo mismo que él la ha dejado.

A un lado la gran ventana con sus barrotes negros perdidos en el verde oscuro de la madre-selvas, y junto a ella la puerta que dá al jardín; al otro lado, la mesa de arrimo cargada de libros y útiles de escritorio; mas allá el pesado estante negro—recuerdo de papá—que nunca ha estado en orden a pesar de sus doce compartimentos y donde duermen su sueño de polvo y de olvido los Dicionarios y las Enciclopedias; en un rincón, el armario lavador con su juego completo de loza coloreada; y acá, junto a la cama, el velador donde nunca ha faltado la novela toda ceroteada, y donde ahora están los frascos y las cajas rotuladas de la botica... Aquí y allá, en la pared, cuadros oleográficos de escenas y paisajes suizos,

o de grandes batallas célebres; y a la cabecera del lecho la fotografía del padre difunto. Pobre papá, ido tan pronto, tan de repente, y de quien no se verá más la sonrisa ni se escuchará la voz con que llamaba: "¡Pepe! ¡Pepe! ¿dónde estás?"

¡Ah! sí, pues... Todo está lo mismo. Es la misma pieccecita que tanto echaba de ménos allá, en el horrible frio del internado, ya en la sala llena de niños, ante la mirada inquisidora del inspector de turno, ya en el gran dormitorio donde resonaban los pasos como en un templo vacío. La misma pieccecita, de la cual no olvidó nunca un detalle, ni el mas insignificante... Allí están, pues, esos extraños mapas, esos archipielagos dibujados por las goteras en el tocuyo del cielo, allí está la exótica pintura del papel de la pared, cuyas flores, semejantes a cabezas de dragones, se repiten y prolongan en un enlazamiento interminable...

Y en el silencio monótono de la alcoba desierta, tibia ya con el raudal de sol que se entra por la ventana, cada objeto es un recuerdo para el pobre chico. ¡Ah! la pieccecita en que durmió tan dulces sueños! Y recuerda entónces, amargamente, comparándolas con esas noches, las noches llenas de angustias y sobresaltos del internado, en que él sentía, una tras otra, sonar todas las horas sin poder dormirse.

—¡Tin! la una... ¡Tan! ¡Tan! las dos... Y él se revolvió en el lecho.



Cuadro de Alfred Halsey